

GEOGRAFÍAS INVISIBLES DE LA GLOBALIZACIÓN:
BOLAÑO, ALMADA Y ZÚÑIGA

*INVISIBLE GEOGRAPHIES OF GLOBALIZATION:
BOLAÑO, ALMADA AND ZUÑIGA*

Daniuska González González
Centro de Estudios Avanzados (CEA), Universidad de Playa Ancha
daniuska.gonzalez@upla.cl

Alexis Candia-Cáceres
Centro de Estudios Avanzados (CEA), Universidad de Playa Ancha
Ivan.candia@upla.cl

RESUMEN

Los sinsabores del verdadero policía (2011), *Chicas Muertas* (2014) y *Racimo* (2014) abordan los estragos de la globalización en pueblos fronterizos o en provincias situadas en México, Argentina y Chile. Roberto Bolaño, Selva Almada y Diego Zúñiga evidencian los efectos de la industrialización en espacios dañados por la explotación económica y la violencia, configurando, en definitiva, regiones atravesadas por el horror. Precisamente, el horror es simbolizado en los cuerpos destrozados de mujeres que aparecen desde la frontera norte de México hasta el centro del territorio argentino. Para esto, se efectúa un análisis comparativo basado en diversos recursos teóricos que permite concluir que estos textos construyen una geografía del horror.

PALABRAS CLAVE: Roberto Bolaño, Selva Almada, Diego Zúñiga, literatura hispanoamericana, crítica literaria, Siglo XX-XXI.

ABSTRACT

Los sinsabores del verdadero policía (2011), *Chicas Muertas* (2014), and *Racimo* (2014), show the ravages of globalization in border towns or provinces of Mexico, Argentina, and Chile. Roberto Bolaño, Selva Almada, and Diego Zúñiga reflect the effects of industrialization in areas damaged by economic exploitation and violence, creating thus regions traversed by horror. Indeed, this horror is symbolized by

the bodies of mutilated women that appear from the northern border of Mexico to the center of Argentine territory. To show this, a comparative analysis based on various theoretical resources allow to establish that these books constitute a geography of horror.

KEY WORDS: *Roberto Bolaño, Selva Almada, Diego Zúñiga, Hispanoamerican Literature, Literary Criticism, XX-XXI century.*

Recibido: 18 de octubre de 2016

Aceptado: 15 de septiembre de 2017

INTRODUCCIÓN

“Saliendo de Ciudad Juárez aún nos duraba la noche más larga
[...] De vuelta de la ciudad de las bajas pasiones/ que sirvan tequi-
las, limones y un puñado de sal./ Dejemos que los corazones sean
los que nos lleven./ Si hace falta morrida, no se hable más”.

ENRIQUE BUNBURY.

La narrativa hispanoamericana del siglo XXI parece estar marcada por la presencia de espacios que sugieren el horror de una globalización que se abrió paso a empujones a través de la “barbarie”, generando pueblos parecidos a botaderos o a los objetos en serie de la producción de una maquila. Esta tensión neoliberal al límite puede leerse en textos particulares que se apropian de estos pueblos aislados, con escasa población y con paisajes arrasados por la taladura de árboles o la improvisación gubernamental, y que los reescribe valiéndose de artilugios ficcionales, del diferimiento de la cosa misma por el signo (Derrida, *De la Gramatología*). La realidad globalizada produce, en su faceta más negativa, mercados que ponen en circulación enormes capitales por la venta de drogas, fábricas pestilentes, sujetos a la deriva dentro de sus propios orígenes y pueblos de espaldas a cualquier atisbo de cambio que pueda llegar desde las metrópolis; todo esto mezclado con un paisaje híbrido, a medio camino, que no termina de desarrollarse, pero tampoco se sacude para recobrar alguna forma de especificidad.

Dentro de esta contingencia trituradora de la globalización, la que, en términos de Idelber Avelar, se entiende con su «[...] memoria del mercado [que] pretende pensar el pasado como una operación sustitutiva sin restos [que] concibe el pasado como tiempo vacío y homogéneo, y el presente como mera transición» (14), pretendemos analizar la configuración de urbes que apenas se nombran, como si permanecieran en la penumbra, somnolientas, y, de tanto en tanto, reaparecen a través de historias de horror, tales como las contadas en *Los sinsabores del verdadero policía* (2011) de

Roberto Bolaño, *Chicas muertas* (2014) de Selva Almada y *Racimo* (2014) de Diego Zúñiga, novelas que, por cierto, constituyen el objeto de estudio de esta investigación¹.

La crítica académica ha abordado tangencialmente el corpus de este artículo². De allí que sea necesario construir un texto que analice los libros de Bolaño, Almada y Zúñiga a partir de la convergencia en el acto de ficcionalizar un segmento del discurso globalizado que imbrica violencia y miseria. Así, proponemos que los textos analizados configuran una “geografía del horror” entendida como una multiplicidad de espacios que, al proyectarlos un individuo sobre la sociedad, crean un imaginario de lo que se percibe como el mal, un dominio que coloca bajo sospecha y que se confina como *lo Otro*. Entre estos espacios de representación se halla el vacío, la abyección, la tortura, la ruina y la catástrofe.

¹ Mientras *Los sinsabores del verdadero policía* y *Racimo* son novelas que ficcionalizan episodios reales sucedidos en México y Chile, *Chicas muertas* puede considerarse como una investigación periodística que explora asesinatos reales sucedidos en Argentina, utilizando recursos estilísticos propios de la ficción y de la no ficción. Así, el texto traza un maridaje entre novela y crónica.

² Mientras Candia-Cáceres (2011) y Cecchinato (S/R) han estudiado *Los sinsabores del verdadero policía*; Elizondo (2015) ha analizado *Chicas muertas*; y Rodríguez (2016) *Racimo*. Si consideramos, además, el tema de estudio, solo es posible considerar los textos de Candia-Cáceres, Elizondo y Rodríguez. En *El “paraíso infernal” en la narrativa de Roberto Bolaño*, Candia-Cáceres establece que *Los sinsabores del verdadero policía* constituye el “[...] ‘amanecer’ del horror de Santa Teresa [...] Bolaño narra los crímenes de dos mujeres que no solo son ultimadas con armas blancas sino que, antes del fin, son torturadas y violadas lo que, a todas luces, revela el placer de la aniquilación que experimentan los sujetos del mal” (51). En “Femicidio y exhumación del archivo en *Chicas muertas* de Selva Almada” se estudia “[...] el contrapunto que establecen los diferentes archivos que forman parte de la investigación de la autora y el relato ficcional donde se insertan en relación a la violencia de género” (Elizondo, en línea) subrayando como Almada evidencia “[...] la trama de impunidad, corrupción y violencia que sostiene la sociedad patriarcal” (Elizondo, en línea). “Cuerpo y Capitalismo: El Trabajo de la violencia y el miedo” de Fermín A. Rodríguez es una de las aproximaciones más interesante para esta investigación, debido a que, a partir del análisis de *2666* y *Racimo*, establece que: “La violenta extensión del capitalismo a la totalidad de lo viviente, su acecho y explotación de la potencia de creación y transformación de los cuerpos, es una reacción a un deseo de vida previo al poder que busca capturarlos, asignarle lugares y conductos, regular su movimiento” (46).

I. LOS SINSABORES DE LA VERDADERA GLOBALIZACIÓN

Los sinsabores del verdadero policía (2011)³ incorpora una reflexión metalingüística que contribuye a comprender la configuración del espacio donde transcurre, mayoritariamente, la acción del relato: Santa Teresa y sus alrededores. En “Asesinos de Sonora”, Gumaro, calificado por Bolaño como “Ojos del horror”, actúa como una especie de vidente que da cuenta de estos paisajes descoyuntados por fábricas enajenantes. Gumaro sostiene que la ciudad se encuentra situada en el corazón de la “nación invisible”: “Por aquí y por allá [...] en los dos lados de la frontera, como una nación renegada de México y también de los Estados Unidos” (292). Para Gumaro, “la nación invisible” está compuesta por la serie de localidades que se sitúan en el borde en términos geográficos y culturales: “[...] pueblos del desierto, aldeas, caseríos que sólo mantenían comunicación entre sí, sin reconocer fronteras o lenguas. Pueblos que tenían más del mil o dos mil años y en donde apenas vivían cincuenta o cien personas [...] Pueblos de vampiros o gusanos blancos [...] Potos pueblos en donde corren parejas las ganas de matar y las ganas de vivir” (292).

Bolaño diseña, entonces, el “mapa difícil” sonoreño, mapa que detenta, al menos, tres rasgos identitarios que configuran la identidad de Santa Teresa. En primer término, Bolaño subraya la apertura y la conexión de la ciudad con los espacios desérticos. Así, se puede considerar el recorrido que Rosa Amalfitano efectúa por las calles de Santa Teresa y que percibe como vías: “[...] disparadas hacia fuera, urbanas y al mismo tiempo abiertas al campo [...] como si Santa Teresa estuviera imbricada hasta con el más humilde de los cerros aledaños [...] Como si las calles fueran los tubos de múltiples telescopios enfocados hacia el desierto” (157-158). Sergio González Rodríguez caracteriza muy bien este espacio en *Huesos en el desierto*, libro que aborda los asesinatos de Ciudad Juárez y, por consiguiente, las implicancias políticas y culturales de la serie de femicidios:

En primavera, los tonos del territorio [...] enlazan un tamiz gris, lo arenoso, el calcinamiento blancuzco, los matorrales amarillentos. En invierno, los mismos colores se atenúan y se funden con el velo espectral de las nubes o la niebla [...] Algún reflejo

³ Este libro constituye un gran lienzo atravesado por las pinceladas de otras novelas. Aunque en su prólogo y en la nota editorial se subraya la anterioridad del libro con respecto a las huellas de otros relatos; preferimos atenernos a las fechas de publicación de los títulos para pensar que, efectivamente, Bolaño trabajaba *Los sinsabores*... mientras terminaba otras novelas, sin embargo, atreviéndonos a conjeturar que algún nudo en ella lo detenía, no le convenía, de ahí que le extrajera personajes o circunstancias que luego ampliaba o contraponía en otros libros. Así, observamos este texto como el germen de obras posteriores acabadas y no como una pieza completa en sí misma; una novela semejante a un almacén donde se guardarán piezas desmembradas de muñecas rotas que, luego, pueden volver a encajarse y reciclarse.

metálico o un color restallante rompe la monotonía: la potencia solar y el polvo tienden una pátina cruda sobre las avenidas, las azoteas, el cristal de las ventanas, las láminas de zinc y los vehículos (27).

La presencia de los restantes rasgos identitarios se puede apreciar de manera inductiva a partir de la siguiente referencia de *Los sinsabores del verdadero policía*: “En los alrededores de una maquiladora de las afueras de la propiedad de don Gabriel Salazar, en unos terrenos planificados como un polígono industrial [...] encontraron otra mujer muerta” (286). Ciertamente, resulta interesante que Bolaño sitúe el cadáver en las inmediaciones de una fábrica, debido a que ello evidencia cómo la ciudad está marcada por la penetración del capitalismo salvaje y de la criminalidad extrema, rasgos que, por cierto, se encuentran imbricados. La comunión de capitalismo y crimen en *Los sinsabores...* demanda una relectura de la economía hegemónica y globalizada en los territorios fronterizos, esto es, lo que Sayak Valencia denomina como “capitalismo *gore*”, concepto que permite analizar e interpretar la representación de la urbe mexicana bolañana:

Tomamos el término *gore* de un género cinematográfico que hace referencia a la violencia extrema y tajante. Entonces, con capitalismo *gore* nos referimos al derramamiento de sangre explícito e injustificado (como precio a pagar por el Tercer Mundo que se aferra a seguir las lógicas del capitalismo, cada vez más exigentes) [...] mezclados con el crimen organizado, al género y los usos predatorios de los cuerpos (15).

Si bien Valencia piensa en Tijuana como modelo para el desarrollo del “capitalismo *gore*”, creemos que Santa Teresa, espacio basado en Ciudad Juárez, cuenta con una serie de rasgos que permiten apreciar la conjunción de capitalismo y criminalidad en la frontera mexicana. Bolaño configura una ciudad que centra su actividad económica en el trabajo de las maquiladoras⁴, esto es, fábricas abocadas al ensamblaje de productos cuyas materias primas provienen de otras zonas, especialmente, de Estados Unidos. Si bien estas industrias tienen un positivo efecto en la generación de puestos de trabajo (casi dos millones), se trata de empleos precarios e inestables. Evidentemente, el interés de situar estas fábricas en la frontera apunta a la posibilidad de que el capital obtenga acceso a mano de obra barata. Esta condición que aúna maquiladoras, miseria y asesinatos persiste en 2666:

Al mes siguiente, en mayo, se encontró a una mujer muerta en un basurero situado entre la colonia Las Flores y el parque industrial General Sepúlveda.

⁴ Las maquiladoras se extienden por ciudades fronterizas tales como Reynosa, Heroica Nogales, Tijuana, Mexicali, Ciudad Juárez, entre otras.

En el polígono se levantaban los edificios de cuatro maquiladoras dedicadas al ensamblaje de piezas de electrodomésticos. [...] Junto a éstas, entre unas lomas bajas, sobresalían los techos de las casuchas que se habían instalado allí poco antes de la llegada de las maquiladoras (449).

Santa Teresa se conforma a partir de un siluetaje físico del horror producido por la industrialización desmedida que conlleva, en la perspectiva de Kemy Oyarzún, “[...] los tránsitos y transacciones de los sujetos y prácticas culturales de hoy [lo cual] implica de suyo referir[se] a la globalización” (21). Sayak Valencia sostiene que la precariedad de las ciudades fronterizas se ve acrecentada por la influencia de Estados Unidos, nación que ha determinado fomentar el desarrollo de un capitalismo *gore* que: “[...] es una creación teledirigida por las demandas del mercado estadounidense que ha logrado instalar sucursales y laboratorios de la ilegalidad en los países del Tercer Mundo para abastecerse de esos servicios ilegales y desestructurar el abanico de posibilidades económicas” (129).

La geografía de Sonora semeja un atlas decadente y mortal. Bolaño construye una ciudad que parece “de carne cruda” (*Los sinsabores* 290), tajada como reses por su desmembramiento paupérrimo, compuesta por casas por donde se escurre la sangre de vidas miserables. Así, se traza una geografía “invisible” que atañe directamente al elemento del horror, sobre todo porque borra el principio de realidad. Este pueblo está condenado a una no-frontera o no-lugar, “[...] de *una cosa por otra*, de las coordenadas fugaces” (Santa Cruz 107, énfasis de los autores). Los seres que lo habitan aparentan elongaciones de este territorio invisible para la vida útil. En estos engendros de la globalización, Bolaño escenifica historias de miedo, miserables, mapeadas por la tecnología de las maquilas, las cuales muestran sin pudor, en términos de Jameson, «[...] ese enorme poder, propiamente humano y antinatural, de la fuerza de trabajo inerte almacenada en nuestra maquinaria [...] que se vuelve contra nosotros con formas irreconocibles» (54).

La criminalidad de Santa Teresa se puede apreciar, en primer lugar, en la genealogía violenta que fundamenta el desarrollo de la estirpe de las Marías Expósito, las que se multiplican como clones con idéntico nombre en «[...] un *automatismo o impulso de repetición* (repetición compulsiva), [...]; [como] un impulso que confiere a ciertas manifestaciones [...] un carácter demoníaco, [...] [y que] se sentirá como siniestro cuanto sea susceptible de evocar este impulso de repetición” (Freud, *Lo siniestro* 41, cursivas del autor). Las María Expósito son mujeres violadas durante siglos en espacios que se igualan a sus cuerpos violentados: “En las faldas de un cerrito que los campesinos [...] llamaban La Colina de los Muertos [...] la violó repetidas veces y desapareció» (*Los sinsabores* 237). Así, las Expósito procrean hijas e hijos que nacen con “[...] la mirada de los habitantes de Villaviciosa: una mirada opaca e intensa de asesinos” (*Los sinsabores* 239).

El último de esos hijos es Francisco Monje Expósito, guardaespaldas de la esposa del “empresario” Gabriel Salazar, quien permite apreciar el segundo componente de la violencia desatada en Santa Teresa en cuanto da luces respecto de cómo la urbe se transforma en un “mercado *gore*” que, en la perspectiva de Valencia, implica “[...] la venta de drogas ilegales, la gestión de la violencia, la venta de órganos humanos, el asesinato de personas, el tráfico de mujeres y niñas, etc.” (152). Monje es parte de un engranaje dispuesto para el comercio de los cuerpos. Mientras Monje cumple con el rol de proteger el cuerpo de la mujer de Salazar, otros, dos sicarios, en este caso, tienen la misión de eliminarlo. Así, se produce el enfrentamiento en las calles de Santa Teresa: “Yo no tenía miedo. Esperé hasta que estuvieron a menos de cinco metros y cuando los tuve a esa distancia, antes de que nadie se pusiera a gritar, saqué la pistola con naturalidad, sin ningún gesto excesivo, y me los cargué a los dos. Los pendejos no llegaron a disparar” (247).

El tercer componente de la criminalidad extrema que cruza Santa Teresa pasa por los femicidios que se producen en la novela. La violencia emerge de una forma “automática” que aniquila la mano de obra barata de las maquiladoras. Bolaño aborda dos casos en la novela: el de Edelmira Sánchez y el de Alejandra Rosales:

Esa noche, en la comisaría, le dijeron que había aparecido una muchacha muerta en el parque México [...] Edelmira Sánchez, dieciséis años, un bombón –dijo Álvarez, y le enseñó una foto donde se veía a una muchacha con el vestido desgarrado (272-273).

Tenía un año más que Edelmira Sánchez [...] se llamaba Alejandra Rosales [...] La causa de la muerte era la misma, había sido degollada con un cuchillo de grandes dimensiones, en el lugar de los hechos, sin embargo, no se encontraron rasgos de sangre [...] quedaba fuera de toda duda que el asesinato se había cometido en otra parte (286).

Ambos crímenes parecen tener una “firma” común puesto que los cuerpos son sometidos a un idéntico programa de horror. El forense que estudia los restos de las mujeres concluye que fueron atadas por las muñecas, golpeadas en distintas zonas, violadas de manera reiterada y, finalmente, degolladas. No son azarosos los padecimientos que experimentan Sánchez y Rosales. Principalmente, porque la reiteración del método manifiesta la determinación de establecer un “sello”, práctica que es común en las mafias de los distintos puntos del planeta, entre ellas la mexicana, que buscan enviar mensajes en los cuerpos, los que son: “[...] concebidos como una cartografía susceptible de reescritura, pues al inscribir en el códigos propios del crimen organizado se intenta establecer un diálogo macabro y un imaginario social basado en la amenaza constante” (Valencia 111). ¿Qué mensaje cifran los cuerpos de estas mujeres?

El discurso machista en su versión extrema, esto es, la “inferioridad” de las mujeres respecto de los hombres. Si el machismo da cuenta de “[...] métodos empleados en el seno del patriarcado para poder mantener en situación de inferioridad, subordinación y explotación al sexo dominado” (Varela, 180), Sánchez y Rosales evidencian cuerpos gozados (consumidos) hasta su propia disolución.

Los sinsabores del verdadero policía elabora una topografía particular atrapada en la desolación impulsada por el capitalismo extremo, la miseria y la violencia. Bolaño construye territorios fronterizos que han sido secados por la industrialización, con atmósferas pesadas por *algo* indescifrable; que, a fin de cuentas, se sumen en la abyección y donde “[...] el aire se llena de ‘impurezas’ que lo convierten en espacio enrarecido y ocupado hasta las últimas consecuencias por el *horror vacui*, horror al vacío” (Ramos 103), cita esta que permite sustentar la anulación como nudo constitutivo de la geografía sonoreense atrapada en la dinámica fabril de las maquilas.

II. EL NUEVO OLOR A AUSCHWITZ

Un cuchillo le atravesó el corazón mientras la chica dormía plácidamente. Solo un enorme coágulo sobre el pecho revelaba el crimen dentro de una escena de paz. Había un nombre, Andrea Danne, y una descripción: “[...] diecinueve años, era rubia, linda, de ojos claros, estaba de novia y estudiaba el profesorado de psicología” (Almada 17); como si la inscripción física, el “estar de novia” y el hecho de “estudiar”, la alejaran de ese momento nocturno de terror cuando perdió la vida. Residía en San José, un pueblo de la provincia argentina de Entre Ríos, donde “[...] pasaba poco y nada” (Almada 13). Luego sigue otra identificación: María Luisa Quevedo, de 15 años, habitante de Presidencia Roque Sáenz Peña, en el Chaco. Su asesinato parece sacado de *2666* y de *Los sinsabores...*: “[...] había estado desaparecida por unos días y, finalmente, su cuerpo violado y estrangulado había aparecido en un baldío, en las afueras de la ciudad» (Almada 18). Por último, se une a ellas Sarita Mundín, «[...] una muchacha de veinte años, desaparecida el 12 de marzo de 1988, cuyos restos aparecieron el 29 de diciembre de ese año, a orillas del río Tcalamochita, en la ciudad de Villa Nueva, en la provincia de Córdoba» (Almada 18). Tres cuerpos violentados en zonas de la geografía argentina, lejanas pero industrializadas.

Este territorio del crimen está amarrado por una soga macabra: la desidia y la esterilidad de estos pueblos a pesar del toque industrial, con sus terrenos abandonados con excavaciones que después se desecharon por infructuosas y con aguas sucias donde se enganchan «[...] restos, huesos pelados» (Almada 29) y por las que circulan «desechos» (Almada 126). Las chicas muertas de estas poblaciones solo conocieron la lejanía rural de caminos de tierra, la atmósfera asfixiante de lo inmóvil y, al final, la violencia de la muerte. Exactamente como sucedió con Edelmira Sánchez y Alejandra Rosales en *Los sinsabores...* y con las más de cien de *2666*. Víctimas que tienden estos

pueblos remotos de la provincia argentina con los perdidos en el desierto mexicano de Sonora, como si las primeras, en los años ochenta del siglo pasado, constituyeran el tramo de arrancada para las segundas, cuyo primer crimen se ubica, aproximadamente, diez años más tarde.

No es ficción el libro de Almada. Ocupa un tercer tiempo “[...] producto del entrecruzamiento de la historia y la ficción” (Arfuch 90), el mismo que Truman Capote apuntó como constitutivo de la “novela no ficticia”, un abrevadero donde los hechos históricos que se investigan terminan acentuados con descripciones, emociones y una mirada que los desplaza del devenir literal y los arrastra hacia la subjetividad de quien los narra. Las voces de las muertas, “[...] voces de otros tiempos” (Arfuch 90), se hacen “[...] la misma voz” (Arfuch 90) de la autora, la que cuenta, la que testimonia por las ausentes, la que cohesiona vidas segadas por el crimen. Además, dentro de la pesquisa, Almada resulta otra chica más al filo del horror, como cuando alude a una experiencia límite con el auto-stop o cuando camina por un maizal con su tía y ella le confiesa cómo un primo intentó violarla allí. Almada, tan parecida a María Luisa, colocándose “[...] un cintito de cuero que se ajustaba rodeando la cintura” (Almada 23), solo que este no llegó a su cuello y no hubo manos que lo apretaran hasta convertirla en víctima. Subrayamos la palabra pesquisa, la cual va adosando la propia vivencia de la narradora, pues este texto no ficcional juega con elementos que lo desmontan de una clasificación rígida.

Los pueblos del libro se dibujan dentro de una compulsión modernizadora, como San José, emplazado alrededor del frigorífico Vizental, lo cual obliga a recordar el botadero con el cadáver degollado de Alejandra Rosales. La descripción de Almada resulta espectral:

Las altas chimeneas del edificio siempre echando humo, día y noche, llenando todo el pueblo con su olor untuoso y pestilente a carne, cuero y huesos cocinándose. [...] los empleados del frigorífico [...] venían en dirección contraria a nosotros, hombres y mujeres en bicicleta, todos vestidos de blanco de pies a cabeza. Había algo irreal y extraño en esos ciclistas [...] por momentos parecía que flotaban: un batallón de fantasmas (64).

Vale detenerse en varios elementos de esta cita. El primero provoca un estremecimiento “psicogeográfico” (Chambers) ante estas altas chimeneas, pues, de inmediato, retrotrae a uno de los momentos más tensos de la Modernidad, aquel que puso en entredicho cualquier atisbo de cultura: Auschwitz, con sus crematorios funcionando a toda máquina, borradura del *otro* y de *lo otro*: “El hecho de que Auschwitz haya podido ocurrir en medio de toda una tradición filosófica, artística y científico-ilustradora encierra más contenido que el de ella, el espíritu, no llegará a prender en los hombres y cambiarlos” (Adorno 367). Contextos diferentes con una imagen idéntica en la pupila: un pueblo semejante a los crematorios nazis debido a un engranaje industrial donde

los obreros “[...] se la pasaban el día carneando reses, fraccionándolas, poniéndolas a cocinar” (Almada 64). No se puede obviar aquí el impulso idéntico de automatismo freudiano que también apareció en la novela de Bolaño. Culturalmente una línea de repetición une el destroz y la angustia originados por la modernidad fascista con efectos similares en pleno siglo XXI. Ya no se trata solo de geografías diferentes, sino también de tiempos que se reciclan integrando una zozobra reprimida que vuelve una y otra vez, cíclicamente.

Un segundo estadio de análisis se origina en el desplazamiento mnemotécnico del olor al sitio, o mejor, su mal olor; a ese pueblo que adquiere idéntico registro que su frigorífico. Retornando a Auschwitz, el trabajo se adhiere como una peste, doblemente semantizada, ya que el sustento proviene de aquí y cada generación aportará la nueva fuerza laboral, como el cintillo automático de las maquiladoras de Santa Teresa; y como alienación simbólica: quienes trabajan en el frigorífico están impregnados por la fetidez. Sayak Valencia los visualizó como “[...] una aglutinación de individuos encapsulados en sí mismos que comparten un tiempo y espacio determinados” (33): prisioneros debajo del gran domo fabril, los apestados de la era industrial, los obreros del frigorífico Vizental, afincan, por último, su condición fantasmal. Van al trabajo vestidos de blanco, todos iguales, pedaleando entre la niebla de la madrugada. Un batallón de asalariados que vende su fuerza bruta a cambio de subsistir en un pueblo aislado de la provincia argentina. No poseen individualidad, están encajados en un rompecabezas grupal, “[...] provisional, contingente, [...], compuest[o] en el discurso del devenir” (Chambers 160), es decir, conformándose sobre la marcha en un presente efímero y agotador. Solo la mirada-testimonio de la autora da cuenta de este grupo fantasmal: “Si pasábamos a la mañana muy, muy temprano, me gustaba mirar a los empleados del frigorífico que cruzábamos en el camino” (Almada 63). Nuevamente, lo siniestro se manifiesta.

También en *Chicas muertas* aparece una figura como la de Gumaro. Se identifica como “La Señora”, y adivina no solo el pasado sino que construye lecciones para el futuro. “La Señora” ha visto el horror y posee la sabiduría del conocimiento empírico: “[...] yo creo que en el más allá todo debe estar junto y enredado, como una madeja de lana. Hay que tener paciencia e ir tirando despacito de la punta” (Almada 49). Ella funcionará como enlace entre la narradora y dos de las chicas asesinadas pues Sarita no se “presenta” cuando lanza las cartas, “Es la única de las tres que nunca habla” (129). En su tarot el pasado está volteado y “La Señora” lo arma como un mito: el de La Huesera, que, según relata, fue una anciana que recogía los huesos de los animales y luego los empalmaba hasta juntar el esqueleto: “A medida que canta, los huesos se van cubriendo de carne y la carne de cuero y el cuero de pelos” (50), hasta darle nuevamente vida. “La Señora” también devela fragmentos de lo que se supone como un pretérito truncado, pero amasándolo con la carne, los pelos y el cuero del presente, y forma un animal que, como el de La Huesera, huye despavorido y adquiere la textura

de una mujer. De ahí que la aparición de María Luisa no se produzca para contar qué le pasó o quién la asesinó, sino para que la vidente transmita que a las jóvenes se les arranca la vida: “Una tarde dice que le falta el aire y se lleva una mano a la garganta. [...] Cuando se repone, abre la boca y toma aire [...] No podía respirar, me estaba ahogando, fue tan vívido. La opresión acá y un dolor acá, me dice y se señala primero el cuello y luego la entrepierna. Es María Luisa, estrangulada y violada” (107-108). La Señora camina por un páramo-fábrica y mira a las muertas en el limbo de quienes aguardan por la justicia; un páramo que la acorrala y frente al cual solo pide soltarse. Pero allí, únicamente allí, porque, recordando la leyenda de La Huesera, le afirma a la periodista que debe “[...] juntar los huesos de las chicas, armarlas, darles voz y después dejarlas correr libremente hacia donde sea que tengan que ir” (50).

Leer este texto de Almada permite enhebrar un trazo cultural entre dos momentos históricos –el nazismo y la sociedad neoliberal actual–, que instalan la condición siniestra con idéntico fuero. Además, en el caso argentino, se recurre a una instancia del imaginario popular como la adivinadora, para afianzar no solo lo autóctono sino como un resquicio –al menos uno– para enfrentar la industrialización avasallante.

III. UN PUEBLO ENCIMA DE UNA “BOMBA”. *RACIMO* DE DIEGO ZÚÑIGA

El fotógrafo Torres Leiva quiere captar las lágrimas de sangre de la virgen de la iglesia de Pozo Almonte. Durante la visita para obtener las imágenes que ilustrarán el reportaje, una investigación antigua, sin resolución, lo toma como protagonista: la desaparición de unas niñas de Alto Hospicio, otro pueblo perdido del norte de Chile⁵. *Racimo*, segunda novela de Diego Zúñiga, se concatena con los textos de Bolaño y de Almada en la elaboración de estas zonas rurales cuya fragilidad se instituye por el atraso que le ha dejado la explotación industrial y por la diseminación femenina de la muerte.

La guerra ocurre en Irak, pero las fábricas de bombas de racimo provienen de Alto Hospicio e Iquique y le dan de comer a sus poblaciones. Pocos vieron el peligro, la manipulación inexperta de armamento militar, los camiones bajando hacia el puerto con su peligrosa mercancía; y quienes sabían del riesgo: “Prefirieron desviar la mirada, [...] pues aquella empresa les daba trabajo a muchos iquiqueños, aquella empresa era vital para la economía del lugar” (Zúñiga 117). Sin embargo, sobre sus vidas de asalariados, pendía “[...] una explosión envolviendo el lugar, las bombas esparciéndose por la ciudad, en todas las direcciones posibles, incontrolables” (117). La globalización de la guerra se extiende desde Latinoamérica hasta el Medio Oriente y pone en circulación el dinero a pesar de la inseguridad en la

⁵ Esta historia se basa en el caso de Julio Pérez Silva, conocido como el “psicópata de Alto Hospicio”, quien violó y asesinó a catorce adolescentes.

fabricación y el transporte de las armas. El mercado se vuelve uno, desde la Patagonia hasta el confín oriental, enquistándose, según el criterio de González Rodríguez, “[...] la inadvertencia o amnesia global ante un fenómeno extremo de signo anárquico; y el impulso de normalizar la barbarie en las sociedades contemporáneas” (12).

En medio de esta nada, explotó una de estas fábricas y murieron veintinueve obreros, anónimos para el enorme conglomerado de la maquinaria bélica. Catástrofe mínima, no obstante, pues “[...] si un día uno de esos camiones chocaba, si un día alguno de esos conductores se quedaba dormido y volcaba, la ciudad hubiese desaparecido completamente” (Zúñiga 117). Igual que con las maquilas de Juárez y con el frigorífico Vizental, se sufren las tragedias pero la producción continúa, sin desacelerar el ritmo. Cadáveres, obreros-zombis, mano de obra barata, jóvenes desaparecidas: he aquí las criaturas “[...] devoradas por la hendidura donde se articulan economía monetaria y economía simbólica, control de recursos y poder de muerte” (Segato 2).

El mapa del horror en la novela sobrepasa la localidad de Alto Hospicio y cubre la frontera con Perú, con otros pueblos tan pobres y dependientes como este de las economías neoliberales. Torres Leiva recorre en una noche el centro de Tacna, donde días anteriores se ha hablado de “[...] corporaciones que trabajan por la prostitución en el país [...] quién sabe en cuántos otros países están operando” (185). La frontera se convierte en un trasiego de cuerpos, dinero, empresas constituidas con la miseria, con los besos pagados de las niñas no buscadas por la policía chilena, pero que se repiten en serie, como las jóvenes asesinadas de Ciudad Juárez, con “[...] sus pelos largos hasta la cintura, sus caras de niña, las ojeras, los labios pintados, las piernas largas y delgadas” (Zúñiga 184-185). Estos pueblos son como remanentes de un desborde mercantil que les llega por oleadas y los desencajan; luego, cumplida la explotación, se desechan como bagazos, como ocurre con Ciudad Juárez o con San José. La historia de Camila, último caso abordado en *Racimo*, evidencia cómo el ejercicio del horror transforma los cuerpos femeninos en objetos desechables dispuestos para ser comercializados en distintos pueblos de la frontera sudamericana:

Sacó un cuchillo, la amenazó: si se intentaba bajar, la mataba. [...] Viajaron unos kilómetros por un camino de tierra. Se detuvieron un momento. El hombre la violó y luego la golpeó en la cabeza hasta dejarla inconsciente. [...] Iba a despertar unas horas después en el sótano de una casa. Pasó varios días ahí hasta que unos hombres la doparon y la sacaron del país. Primero estuvo en Tacna, luego en Santa Cruz, Bolivia, después regresó a Perú y se quedó ahí por una cantidad de años que hoy le cuesta calcular (221).

Con la historia de las chicas desaparecidas, está la de Doña Emilia, la adivina. Antes de adentrarnos en su vínculo con el caso, notaremos un elemento político. Según los rumores en Alto Hospicio, esta mujer mantuvo un romance con Freddy Taberna, quien fue uno de los ejecutados en Pisagua, en 1973. Cuando la Caravana de la Muerte

llegó a esta población, ya se había asesinado a 35 prisioneros, algunos provenientes de Iquique. Posteriormente se conoció que muchos cuerpos se lanzaron al mar en una operación de borramiento: “[...] a la mañana siguiente de que lo ejecutaran, [...] fue a la casa de los padres de Freddy y les dijo que había soñado con él, que lo vio en el mar, nadando, que no sabía exactamente qué lugar era, pero lo vio nadando mar adentro, sin mirar nunca hacia la orilla” (Zúñiga 132). Como apuntó Freud en *El malestar en la cultura*, “[...] la transformación de los instintos, sobre la cual reposa nuestra capacidad de civilización, puede quedar anulada de un modo temporal o permanente” (109) y las visiones de doña Emilia juegan con los instintos, ella ensambla un arquetipo psicológico de esperanza, que preserva la memoria, cruzándolo con el futuro y manteniéndolo a salvo en el presente.

¿Qué ve esta mujer? La versión sobre el destino de Constanza, una de las chicas, no se concreta porque el horror implosiona el augurio y doña Emilia prefiere despedir a la madre y recogerse en el silencio, que no significa menos, al contrario, “[...] conforma [...] una cualidad que podría hacerlo *significante por sí mismo*, aunque no deje de permanecer en el orden mudo de lo innumerable, de lo indecible e inexpresable” (Colodro 13, énfasis del autor). El silencio que enfrenta a esta mujer con la madre ávida de noticias sobre su hija, es el silencio de lo que, aún en sueños o adivinanzas, trae el miedo, el terror, un panóptico subjetivo que se (des)dibuja entre nebulosas e incertidumbre:

[...] la veo [...] está ahí, durmiendo, nadie habla pero están llegando a una cabaña [...] el conductor apaga el motor [...] ellos se bajan, ahora la acompaña una mujer, ellos entran a la cabaña [...] La mujer le habla al oído [...] le habla pero Constanza sigue durmiendo [...] alguien apagó las luces [...] la oscuridad, dijo doña Emilia y luego se quedó en silencio, abrió los ojos [...] le soltó las manos y le dijo que prefería no seguir, que la disculpara (Zúñiga 133).

En los tres textos analizados se robustece la imagen del vidente, de quien posee una cualidad no verificable proveniente más de una proyección del deseo que de la realidad. Para los autores estas figuras tienen autoridad pues constituyen el vehículo para testimoniar lo indecible y que, para efectos del relato, deviene un intento de respuesta. La adivinadora intuye una cabaña abandonada en medio del bosque, el sitio de compra-venta de las menores de edad y corporiza a las desaparecidas como víctimas de una violación imprecisa: “Salieron de sus casas una mañana rumbo al liceo y no volvieron más. Eran niñas, tenían entre nueve y quince años” (Zúñiga 105). Ella escucha el mar, igual que cuando narró el destino del desaparecido Taberna. El mar donde se concretan las adivinaciones y también donde se hunden, como premoniciones de muerte; ese mar donde “[...] el campeón de caza submarina [...] vio cuerpos en el mar en los 80” (212). Dos registros diferentes que se acoplan en la predicción, dos poderes en simbiosis: el político, con el exterminio como mecanismo del Estado chileno

y el económico con la trata de personas. Como en los textos de Bolaño y de Almada, otra vez retorna el elemento siniestro, hay un pasado que devuelve reiteradamente los “tiempos de oscuridad” que aún no han podido cerrarse.

La presencia de doña Emilia se impone dentro del imaginario religioso como una búsqueda de respuestas y como catarsis frente a lo que la acción del hombre no ha podido solucionar. A veces, aunque se observe y pueda desmontarse epistemológicamente, el horror demanda *otro* tipo de ojos para llegar hasta él: “[...] esa cabaña en medio del bosque no desaparecería de la memoria de las madres, porque todas es cucharían la historia, [...] y volverían a tener la esperanza de que sus hijas, sus nietas, estuvieran con vida” (Zúñiga 134). Sin embargo, las desaparecidas no tienen –salvo dos jóvenes- mayores esperanzas de sobrevivir. Paz Solís, el principal responsable de los crímenes, aunque, según el testimonio de Camila, solo un engranaje más en la mercantilización del horror, establece un sistema que le permite cometer de manera “eficiente” la serie de femicidios:

Se alejaba de Alto Hospicio varios kilómetros y las llevaba hacia unos basurales [...] donde se estacionaba, las obligaba a bajarse y las violaba. Después las volvía a subir al auto y se desviaba de la carretera por unos caminos de tierra que llevaban a unos piques [...] Ahí tiraba a las niñas y luego les lanzaba piedras hasta que quedaban inconscientes y morían (199).

La serialización de crimen tiene que ver con el hecho de que Paz Solís escoge a sus víctimas de los sectores excluidos del sistema capitalista. Se trata de adolescentes cuyas vidas se movían en círculos, con el sobrepeso de la desesperanza a costas: en un conglomerado de casas sin terminación, “[...] en la mitad del desierto. Las casas de adobe, algunas de colores muy fuertes” (30); calles sin asfaltar, un único liceo, público, el polvo incrustado en todo, el humo de las fábricas como un contagio. Un contagio que extiende el horror por el desierto chileno con el desinterés propio por objetos/sujetos que han sido desechados por el ejercicio del horror, un horror crudo cuyo “[...] ejercicio de la violencia obedece a una lógica y unas derivas concebidas desde estructuras o procesos planeados en el núcleo mismo del neoliberalismo, la globalización y la política” (Sayak 17).

Lo que aquí ocurre se replica en México y en Argentina conformando geografías zombis, vacías, violentas y desprovistas de la “condición humana”, eriales que han quedado como bagazos del proceso industrial.

CONCLUSIONES

Desde los primeros acercamientos a la narrativa de Bolaño nos impactaron estos pueblos mexicanos ambiguos elaborados en su literatura a medio camino entre las sacudidas de la globalización con sus maquiladoras y un sopor paralizante, con profecías

y adivinos que construyen una subjetividad local. Pueblos extraños expuestos a la violencia; pueblos como reproducciones de la Comala de Rulfo, que se espejean en provincias argentinas y chilenas a través de *Chicas muertas* y *Racimo*.

Una frase de *Teoría de la postmodernidad* de Jameson permanece rondándonos para este cierre: las “características ofensivas” (27) de la industrialización que han ido cambiando a estos pueblos y no para su beneficio. El ruido ensordecedor de la maquila de Gabriel Salazar parece adherirse a la peste y al humo constantes del frigorífico Vizental en el libro de Almada o al polvo generado por las fábricas de bombas en el de Zúñiga.

La representación de estas geografías paupérrimas pasa por develar la globalización y lo que Valencia denomina su “lado B”, donde todas sus máscaras han caído y quedan expuestas sus consecuencias más abominables: muertes, atraso cultural, destrucción y empobrecimiento sin atisbo de mejoría futura. Interesa esta reflexión porque las tres novelas estudiadas establecen un desarrollo directamente proporcional entre la producción capitalista y la producción criminal: la reiteración de las muertes potencia el desarrollo del mercado *gore*: “[...] la destrucción del cuerpo se convierte en sí mismo en el producto, en la mercancía, y la acumulación ahora es solo posible a través de contabilizar el número de muertos, ya que la muerte se ha convertido en el negocio más rentable” (Valencia 16).

Retomando metafóricamente *Los sinsabores...*, es como si los animales con los ojos borrados que vio Gumaro, estuvieran espantando por estos pueblos secados por el abismo industrial. Al final, junto con los adivinos, son los únicos que pertenecen allí porque pueden ignorar la realidad. Sin embargo, ni sus miradas volteadas ni las premoniciones mágicas pueden sustraerlos de sentir y presagiar el dolor de estos lugares estériles. Así, se configura una “geografía del horror” que cruza los textos de Bolaño, Almada y Zúñiga y respuntea una línea de sangre continua, inscrita en el cuerpo de las mujeres asesinadas, en la violencia y en la distopía, la cual sutura ficcionalmente las villas de las provincias argentinas con las del estado de Sonora y las del norte grande de Chile.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor W. *Dialéctica negativa*. Madrid: Taurus, 1992.
- Almada, Selva. *Chicas muertas*. Buenos Aires: Literatura Random House, 2014.
- Arfuch, Leonor. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2002.
- Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota: La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago: Cuarto Propio, 2000.
- Bolaño, Roberto. *2666*. Barcelona: Anagrama, 2004.

- _____. *Los sinsabores del verdadero policía*. Barcelona: Anagrama, 2011.
- Candia, Alexis. *El "paraíso infernal" en la narrativa de Roberto Bolaño*. Santiago: Cuarto Propio, 2011.
- Cecchinato, Erica. "Los sinsabores del verdadero policía: la intertextualidad salvaje de Roberto Bolaño". http://orillas.cab.unipd.it/orillas/articoli/numero_3/09Cecchinato_arribos.pdf (2/5/2016)
- Chambers, Iain. *Migración, Cultura, Identidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1995.
- Colodro, Max. *El silencio en la palabra. Aproximaciones a lo innumerable*. Santiago: Cuarto Propio, 2000.
- Derrida, Jacques. *De la Gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1998.
- Elizondo, María. "Femicidio y exhumación del archivo en *Chicas muertas* de Selva Almada". http://www.celarg.org/int/arch_public/elizondooviedoc2015.pdf (2/5/2016)
- Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza Editorial, 1973.
- _____. *Lo siniestro*. Buenos Aires: López Crespo Editor, 1978.
- González Rodríguez, Sergio. *Huesos en el desierto*. Barcelona: Anagrama, 2002.
- Jameson, Fredric. *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta, 1996.
- Oyarzún, Kemy. "Des/memoria, género y globalización". Olea, Raquel y Grau, Olga. *Volver a la memoria*. Santiago: LOM Editores, 2001. 21-38.
- Ramos, María Elena. "Un imaginario del mal (el Arte como zona donde el mal se transfigura)". *Armónico-disonante (Reflexiones sobre Arte y Estética)*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2001. 77-105.
- Rodríguez, Fermín A. "Cuerpo y capitalismo: el trabajo de la violencia y el miedo". *Estrategias - Psicoanálisis y salud mental* 4 (2016): 43-46.
- Santa Cruz, Guadalupe. "Capitales del olvido". Richard, Nelly (edit.). *Políticas y estéticas de la memoria*. Santiago: Cuarto Propio, 2000. 105-112.
- Segato, Rita Laura. "Territorio, soberanía y crímenes de segundo Estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez". Serie: Antropología Universidade de Brasília 2004: (1-16).
- Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2010.
- Varela, Nuria. *Feminismo para principiantes*. Barcelona: Ediciones B, 2005.
- Zúñiga, Diego. *Racimo*. Santiago: Random House, 2014.